

Otra vez tarde

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Como tantas otras veces en las relaciones internacionales de los últimos años, las grandes potencias han reaccionado tarde a la amenaza que supone el Estado Islámico para el Próximo Oriente. La gran ofensiva de esta banda terrorista de base suní se produjo en Irak la pasada primavera, sin que los países de la Unión Europea ni los Estados Unidos decidiesen hacer nada. Obama, escarmentado por la intervención americana allí en tiempos de Bush hijo, negó por activa y por pasiva un posible envío de tropas a la zona para frenar el avance de los yihadistas en las provincias del norte. Ni siquiera la proclamación del Califato Islámico, tratando de borrar las fronteras de Siria e Irak, supuso motivo suficiente para pensar en algún tipo de actuación. Entonces la culpa de la situación iraquí parecía responsabilidad del ex primer ministro Nuri al-Maliki, un chiíta apoyado por los Estados Unidos tras el derrocamiento de Sadam Husein y acusado de sectario por los kurdos y los sunitas. Ingenuamente se nos dijo que la solución a los problemas de Irak habría de venir de un gobierno de unidad. Desde luego, una medida de esa naturaleza hubiese contribuido a restar apoyos al Estado Islámico (sobre todo, entre los sunitas), pero no pienso que hubiese sido definitiva, dada la fuerza que el yihadismo tiene en la región. Sin duda, la guerra civil siria ha contribuido como poco a su desarrollo. Y es que el conflicto en ambos países se retroalimenta y considero que no se puede hacer frente al uno descuidando el otro. La zona necesita una respuesta global que la comunidad internacional no está sabiendo dar.

La tragedia de los desplazados yazidíes en las montañas de Sinjar por la presión del Estado Islámico ha determinado finalmente la reacción de los líderes mundiales. Primero ha sido Obama, quien, con el pretexto de evitar un genocidio, ha decidido intervenir militarmente en la zona, pero, esta vez, sin enviar efectivos terrestres. Desde luego, me alegro por esa pobre gente, así como por las otras minorías y por los cristianos del norte de Irak, quienes se vienen refugiando en el Kurdistán iraquí desde que el 10 de junio cayó Mosul en manos de los yihadistas. Sin embargo, no debemos olvidar que, frente a semejante generosidad de la Administración americana, el avance de los yihadistas sobre Erbil, la capital del Kurdistán, ha puesto en peligro no sólo los intereses americanos de esa ciudad, sino también sus ricos yacimientos petrolíferos. Eso sí, semejante decisión estadounidense estaría respaldada por una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, tratando así de evitar posibles comparaciones con la intervención de 2003 por parte del presidente Bush. Finalmente, también en la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de los 28 países de la Unión Europea del pasado 15 de agosto se decidió apoyar militarmente a las tropas kurdas en su lucha contra la barbarie yihadista. Todo ello, claro está, con el beneplácito de Bagdad, cuyo nuevo primer ministro, al-Abadi, cuenta ya con todas las bendiciones de las grandes potencias, en especial de EEUU, que tanto ha celebrado la salida de al-Maliki de la carrera política.

Me alegro, pues, de que, si bien tardíamente, la comunidad internacional reaccione ante la amenaza de ese Califato Islámico que cierne sus garras sobre territorio sirio e iraquí y que constituye la versión peor y más radical del Islam. Si bien, como ya he dicho, sospecho que las verdaderas razones de la intervención sean otras, es evidente que cuanto se haga por salvar vidas humanas y evitar más tropelías debe ser bienvenido. La duda que podría suscitarse para algunos se deriva de que el destino de la mayor parte de la ayuda militar parece ser la Provincia Autónoma del Kurdistán, lo cual ha

despertado recelos en algunos países europeos, como Alemania. ¿Acaso el envío de semejante ayuda no puede fortalecer aún más a una entidad que ha planteado abiertamente su posible independencia del resto de Irak? De hecho, algunos analistas hablan ya de un paralelismo con los viejos muyahidines afganos, cuando, a finales de los setenta y los ochenta, fueron armados por los Estados Unidos para luchar contra el ejército soviético y, una vez retiradas las tropas de Moscú, rebelarse contra los propios estadounidenses. Realmente no es el único ejemplo, sino que ha sido una táctica común de las diferentes administraciones norteamericanas. Un papel activo y decisivo contra los yihadistas podría cargar a los kurdos de argumentos para la declaración de su independencia, haciendo estallar Irak por los aires y redefiniendo buena parte de las fronteras de la región. En verdad, la herencia de la guerra de Irak ha sumido al país en el caos desde hace más de una década, lo que ha supuesto el caldo de cultivo perfecto para la expansión del terrorismo yihadista, sin que hasta la fecha los países más relevantes se hayan decidido a intervenir. Aunque tarde una vez más, y pese a las dudas que la operación suscita, se necesita poner freno a la seria amenaza que supone el mencionado Califato Islámico para la estabilidad de Oriente Próximo. Aunque si realmente se quiere solucionar algo, y no sólo poner un parche, como tantas veces se ha hecho en la región, es preciso contar con los países de la zona y tratar de avanzar en la resolución de la guerra de Siria, participando todas las partes implicadas, incluido el presidente el-Asad.

19 de agosto de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 4 de septiembre de 2014, p. 22